



LA DOCILIDAD DEBE SER CULTIVADA

EN LA MUGER DESDE LA INFANCIA.

La docilidad es el origen de todo bien: la indocilidad arrastra violentamente á los vicios. He aquí una gran verdad que abre á nuestros ojos un horizonte vastísimo, en el que la educación establece los fundamentos mas sólidos para el desenvolvimiento de todas las virtudes morales, al propio tiempo que abre á la inteligencia el camino mas expedito para la adquisición de todos los conocimientos relacionados con nuestro destino. Tan excelente virtud nace y fructifica desde la infancia á la adolescencia, para formar el mas precioso adorno de la juventud; por esta razon, las madres y maestras han de poseerla en alto grado, á fin de inspirarla con el ejemplo, y hacerla agradable con la enseñanza de sus beneficios á las tiernas niñas que han de conservarla despues como un bello tesoro, y el distintivo especial de su sexo que las rodea de todos los encantos. A la docilidad, deberá siempre la muger haber borrado de su carácter las marcas repugnantes del vicio que enajenan las simpatías, y revestir todas sus acciones de los seductores atractivos propios de la dulzura. Reparad en la vanidad, el orgullo, la violencia y altanería del carácter de una muger que no ha sido formado sobre la sólida base de la docilidad, y no olvideis el contraste que ofrece al lado de la dulzura, condescendencia y sumision que resaltan en el de aquella que, poseyendo esta virtud, sabe seguir ó respetar, satisfacer ó perdonar, cuanto de ella exijan las diferentes posiciones de la vida.

No es nuestro ánimo penetrar hoy en los desastrosos efectos que la falta de docilidad produce en la condicion moral de la muger, y mucho menos en la de toda una generacion; nos proponemos solo dar una idea clara de los inagotables tesoros de dicha que atrae sobre quien la posee, y los peligros á que, su falta en la muger, expone la moralidad de los seres que han de crecer bajo su direccion y cuidado.

La sumision espontánea y libre á los conse-

jos y mandatos de los superiores, que por su mayor perspicacia y experiencia pueden dirigirnos hácia el bien en la correccion de nuestras faltas, y en el ejercicio de buenas acciones, cuando no somos capaces del acierto por nosotros mismos, es lo que constituye la *docilidad*. Esta es la virtud formada: ¡virtud excelente que asegura en la muger la posibilidad de alcanzar toda la ilustración necesaria para la mayor perfeccion posible en su inteligencia y moralidad, y que le facilita el placer de llenar cumplidamente sus deberes! ¡Así es preciso que resplandezca en aquella que, cual en cristalina fuente, han de beber sus hijas ó discípulas las saludables aguas de la bondad y la sabiduría, que pueden hacerlas capaces de dirigir mas tarde á sus hijos por igual camino!

La madre de familia, no oirá siempre los consejos de la sabiduría para conseguir el acierto en la buena direccion de sus hijos, sino á favor de una docilidad que la arrastre en muchísimos casos á la senda que ellos la trazan, contra sus propios juicios, porque estos consejos la privan en determinadas circunstancias de bienes y placeres presentes, la arrancan esperanzas que halagan sus gustos, y hasta la estrechan á sacrificios algun tanto costosos. En tales situaciones, solo una docilidad arraigada y habitual, que predispone á la muger hasta una abnegacion heroica, puede inclinarla á seguir los consejos de la sabiduría y la experiencia hasta el fin que le señalan, con igual interés y la misma confianza que si su propia razon lo hubiera dictado á su conciencia. He aquí por qué se necesita, en la condicion moral de la muger, el don especialísimo de someterse espontáneamente á los consejos y exhortaciones de aquellos á quienes la docilidad las manda tomar por guías en el ejercicio de sus facultades y el arreglo de sus acciones, para que alcancen siempre el cumplimiento de sus deberes, sin el cual jamás habrán entrado en la senda de la virtud.

Sí: la docilidad es el instrumento que de una ilustracion extensa conduce á la sabiduría, para llegar á la perfeccion moral posible; y si

la muger no alcanza hoy estas, por causas harto conocidas, logrará al menos un grado de inteligencia y de virtud, bastante á satisfacer por sí propia las exigencias mas inmediatas de su condicion de esposa y madre, y contará con un guia seguro para evitar los escollos que se alcen á su paso en el espinoso camino de la vida.

Nada mas necesario, pues, que las madres y directoras de la educacion, se esfuercen por embellecer la frente virginal de sus hijas y educandas con la preciosa corona de la docilidad, que tan bien sienta á la gracia y belleza de la juventud; y para que la semilla poderosa de esta virtud ahogue, al brotar en el fondo de su corazon, la maleza con que la presuncion y el orgullo se apresuran á dominarlo para favorecer el desarrollo de los frutos de la depravacion. ¡Tan terribles son, en verdad, las desastrosas consecuencias de la falta de docilidad; pues que esta virtud cierra siempre la puerta al imperio del vicio, cuando las jóvenes han sido formadas bajo el saludable influjo de una educacion acertada, y ha permitido que á esta edad de la vida reinaran ya en su corazon todas las demás virtudes, á favor de los beneficios que, aun antes de manifestarse la razon, le han hecho gustar los frutos de la que hemos llamado la primera y origen de todas las virtudes!

¿Dudais acaso de que sea tal la importancia de la docilidad, mal aconsejadas tal vez por los sacrificios que su cultivo os pueda imponer, ó por los peligros que la exageracion la atribuya al meditar sobre el influjo de los malos consejos y la seduccion de depravadas exhortaciones? Pues antes de satisfacer con la razon á tales dudas, sigamos á Salomon que, reconociendo la verdadera fuente de todas las virtudes que habia menester para conducirse con acierto y gobernar bien su pueblo en la docilidad de su espíritu, y habiendo recibido de Dios la libertad de pedirle todo lo que necesitase, en la seguridad de obtenerlo, para empezar su reinado; queriendo que le dispensase como principal gracia el don de sabiduría, dió principio á su súplica diciendo: *Conce-*

ded, Señor, á vuestro siervo un corazon dócil. Ya lo hemos dicho antes: la docilidad conduce á la sabiduría, y esta al acierto en el bien obrar, á cuyo fin se dirigen inmediatamente todas las virtudes. Nada, pues, de cuanto estas nos ordenan sacrificar debe sernos costoso, porque el valor de todo lo que ellas reprueban, no nace de otra cosa que de la estimacion que á nuestros ojos le dá el vicio.

Peligros hay, en verdad, para un corazon dócil, bajo los seductores consejos de la corrupcion, si este no ha logrado aun todas las fuerzas de las demás virtudes. ¿Pero seria posible remediar el mal en aquel corazon, víctima ciega de su debilidad, si le faltase la sumision espontánea, una vez precipitado en el vicio? La reprension y correccion de las faltas es imposible sin esta virtud, porque ella sola permite el conocimiento del mal, de los remedios que pueden repararlo, y por ella adquirimos la humildad necesaria para oir y amar los buenos consejos que han de volvernos á la senda del bien, ahogando los impulsos del orgullo á que nos conduce la indocilidad. Escuchad si no al divino Espíritu, lo que nos dice en sus amonestaciones, después de calificar de insensato al que rechaza la instruccion que le ofrecen los consejos de la sabiduría: *El que ama la correccion, ama la ciencia: el que no quiere ser reprendido es un insensato. El malvado no ama al que le reprende, y no busca la conversacion de los sábios. Es propio del malvado resistir descaradamente cuando se le reprende, y del justo corregir su falta.* Sobre todo escuchadle en el libro de los Proverbios: *El hombre que desprecia con obstinacion á quien le reprende, será castigado con un mal repentino de que no se curará jamás.*

No olvideis, madres y maestras, los peligros á que se expone el corazon de las jóvenes en quienes no arraigueis para siempre la bella virtud de la docilidad, y traed á vuestra memoria estas palabras de Salomon, dirigiéndose á la juventud: *Escuchad, hijos míos, y no os apartéis jamás de mis consejos, porque al fin de vuestra vida os vereis obligados á gemir y*

llorar vuestra indocilidad, diciendo: ¿por qué habré detestado la disciplina? ¿por qué no habré recibido con placer las amonestaciones? ¿por qué no habré escuchado la voz de los que me instruían, y no me habré mostrado dócil y obediente á mis maestros?

Ved aquí que seria tarde para semejante arrepentimiento. Apresuraos, pues, á que vuestras hijas y discípulas no tengan que lamentar en tal desconsuelo y desolacion el haber hecho infructuosas vuestras lecciones y despreciado vuestros consejos. Aprovechad la edad infantil en que no necesitais corregir y sí enseñar; pero hacedlo mas con la inspiracion y el ejemplo, que con la sabiduría de vuestras lecciones y un difícil convencimiento. Entonces la docilidad formará en las niñas como su segunda naturaleza, porque será la base de su carácter, el origen de las virtudes y el instrumento de una educacion que las preserve para siempre de los peligros con que ha de rodearlas el vicio.

L. R. Y P.

SOBRE LA INFLUENCIA

QUE LAS MADRES EJERCEN EN SUS RELACIONES CON SUS HIJAS CASADAS.

Es condicion del sér humano embellecer el porvenir con todos los encantos que presta la fantasia, mirándolo como un ideal á que no alcanzan los sufrimientos y pruebas de la vida presente; y estas ilusiones, tan naturales por lo general, lo son mucho mas en las jóvenes inexpertas que se figuran el matrimonio como una época de independendencia, destinada á la satisfaccion de todos los caprichos que puede elaborar una imaginacion viva y ardiente.

Las jóvenes consideran ordinariamente el matrimonio como un estado de felicidad en que no han de sufrir las sujeciones y tristezas de su existencia anterior; imaginándose que en el juramento prestado al pie del altar, debe tener principio para ellas la era de su feliz emancipacion. Empero despues de los dias de felici-

dad consagrados por el uso á la *luna de miel*, la jóven esposa se encuentra rodeada de inquietudes y disgustos, que van siempre en aumento á medida que avanza en la espinosa carrera de la vida. No es muy comun que el esposo manifieste el vigilante afecto que prevee todas las dificultades y las separa con mano hábil siempre que aparecen; si ha sido su objeto unir una posicion á un dote, la muger es cuestion secundaria en el negocio; y despues de haberle consagrado el tiempo y las atenciones que prescribe la conveniencia, vuelve á sus ocupaciones y placeres habituales. No sintiendo el marido la necesidad incesante de ternura que experimenta la organizacion femenina, deja con imprudente indiferencia que el corazon de su jóven esposa se vuelva hácia su familia, y particularmente hácia su madre.

En efecto, llega el momento de la vida en que la hija reconoce mejor toda la delicadeza y abnegacion del amor maternal; hasta entonces, habia considerado la indulgencia é inagotable bondad de su madre como sentimientos en cierto modo vulgares y fáciles de reemplazar; pero la experiencia hace pronta justicia á una ingratitud frecuentemente involuntaria; el pasado se ilumina con la claridad del presente, y muestra cuán excelente y rara cosa es el afecto. ¿Extrañaremos que una jóven, en tal apuro, se apresure á depositar el peso de sus tristezas en el corazon de su madre? ¿Nos admiraremos de que busque un terreno firme, cuando se arruinan los palacios contruidos en sus ensueños?

Considerando la cuestion en este punto de vista, no nos sorprenderá que se nos acuse de crueles si decimos que conviene recibir con mucha calma y prudencia esta reaccion de ternura filial, y no abandonarse á ella sino con mucha reserva, pues son pocas las mugeres que no ven en este sentimiento el mas inocente consuelo para las amarguras de la vida conyugal; pero esta idea la fundan en una apreciacion inexacta de las dificultades y deberes de su posicion en la familia.

Cuando una jóven se casa entra, por decir-

lo así, en un mundo que ella debe aceptar cordialmente, dándole el lugar preferente en sus afectos como en sus pensamientos; pero no todas las madres se resignan con buena voluntad á ocupar un lugar secundario en el corazón de sus hijas; porque como los sentimientos de nuestra naturaleza no carecen de imperfecciones, hay debilidades que el vulgo no vé, pero que no se ocultan á los observadores de las pasiones humanas.

«Cuando la madre hubiere casado á su hija, dice el célebre Juan Luis Vives, no quiera tener tanto en ella como antes, sino piense que la ha dado en otra casa: no tiene mas en ella que si la hubiera enviado á otra tierra extraña á morar. Ha de recordarle las cosas que le aconsejaba siendo doncella, ó le enseñará otras mejores si las supiere. No ande con ella en cosa que sepa que ha de disgustar á su yerno; no la lleve por las iglesias, ni de visita en visita, ni la saque de casa, y aun si menester fuere, no hable con ella, viendo ser contra la voluntad de su yerno. No me diga la muger, ¿y cómo, no podré yo hablar con mi hija? Yo no digo que no sea tu hija, sino que ya no es tuya, porque todo el derecho que tenias en ella lo has dado á tu yerno. Por eso; si quieres ver á tu hija vivir contenta y bienaventurada, es á saber, si tienes gana de verla conforme con su marido, aconséjale que en todo le sea obediente; sujeta, agradable, y no haga cosa, ni aun hable contigo, si á su marido le ha de pesar..... Mas te digó, que si alguna diferencia hubiere entre tu yerno y tu hija, si ella te viniere con quejas, infórmate bien del caso, y aunque la pasión te diga que tu hija tiene razón, no la creas luego; y aunque la tenga de hecho, no te armes contra tu yerno, ni le muestres á ella que tienes razón, antes dile que todo lo debe comportar á su marido, y que siempre que no le fuere obediente, la culpa será de ella y no de él; y cuando la hubieres reprendido y amonestado, hablarás á tu yerno apartadamente, sin ninguna manera de enojo ni desabrimiento, y entiende de él la causa de la riña, y discretamente lo remedia; de mane-

ra que parezca que le ruegas y amonestas como madre y no que le reprendes ni mandas como suegra; esto es, porque aunque la suegra debe amar y aconsejar á su yerno como á hijo, debe acatarle mas que si fuese su propio hijo.»

Las inclinaciones sinceras evitan difícilmente los celos, y el amor maternal rara vez se libra de esta dolorosa consecuencia de los afectos profundos. En esta situación particular, verdaderamente digna de compasión, un yerno llega á ser considerado como un enemigo á quien habitualmente se combate con armas que están muy distantes de ser siempre cortesanías. Al ver la madre que su hija no encuentra en el matrimonio sino decepciones y sufrimientos, aprovecha hábilmente esta disposición para penetrar todos los secretos y agitaciones y formar un partido contra su yerno.

Pero, ¿quién sabe? tal vez haya buena fé en este proceder en que los maridos solo entreven las funestas consecuencias. Una madre se indigna siempre que su hija no es adorada; conoce muy rara vez sus imperfecciones físicas y morales, y no puede comprender que sea mirada con indiferencia la jóven á quien considera merecedora de todo el amor de que un hombre sea capaz. Esta ilusión, muy fácil de comprender en su punto de vista, la conduce á una apreciación de las cosas, siempre falsa y á menudo ridícula; pues en vez de mostrar á su hija por el mejor lado el enlace que ha contraído, le irrita su sensibilidad, le exalta la imaginación, y le presenta como extraño, desesperado y excepcional todo lo que comunmente experimentan las mugeres en la vida de familia.

Nada mas fácil que llevar hasta el extremo á la jóven que por carecer del afecto que anhela, siente este doloroso vacío que no lo soporta el corazón sino con un valor heroico; y los hombres, menos amantes por lo general, no tienen idea de lo que sufren ciertas naturalezas delicadas, por efecto del egoismo que existe en la humanidad. Este mal, que tiene sus raíces en las fibras mas sensibles del corazón, precipita á las mugeres que ven un ideal en sus ensueños; en vano será que se les oculte

á sus miradas, que las decepciones se multipliquen con las pruebas, y que los sufrimientos se agraven con las agitaciones de la vida: siempre persiguen con el mismo candor la ilusión de amor y felicidad, que se les desvanece cuando creen poderla realizar.

El matrimonio es, con frecuencia, la primera de estas decepciones en que la vida se muestra en su triste realidad; pero una madre, verdaderamente digna, en vez de atribuir á su yerno la causa de los males que él no puede remediar; en vez de irritar la sensibilidad de su hija, para asegurarse la posesion exclusiva de su cariño y confianza, debería utilizar estos momentos preciosos para mostrarle la realidad de la existencia, iluminándole la razon con la viva luz de la experiencia, que en muchas ocasiones libra de los mayores extravíos á las naturalezas impetuosas.

Tan racional influencia, en vez de ser perjudicial, produciría inmensas ventajas, impidiendo muchos pasos aventurados; pero como de la generalidad de las madres no es prudente esperar una abnegacion tan completa en este sentido, la jóven esposa debe guardar en el fondo de su corazon, sin que trascienda ni aun en su familia, el concepto desfavorable que su marido le merezca: es muy prudente cubrir con el velo de la discrecion todos los defectos que él manifieste en la intimidad, y no acusarlos ante un tribunal necesariamente parcial, y que puede ser justamente recusado.

Con razon se irritan los maridos contra esa inquieta vigilancia que estudia cuidadosamente todas las imperfecciones de su carácter para hacer de ellas asuntos de conversaciones mas ó menos benévolas; y nada los indisponen tanto, como el ver los pormenores de su vida íntima servir de alimento á la curiosidad de una suegra, ó de cualquiera otra persona: su ánimo se exaspera con la idea de esas traiciones repetidas sin cesar, y la confianza que deben tener en su muger no resiste mucho tiempo este género de pruebas.

Quéjense muchas mugeres del poco ascendiente que tienen para con sus maridos, y no

reconocen que con sus frecuentes imprudencias hacen todo cuanto puede contribuir á debilitarlo. Los hombres repugnan que sus secretos, sus faltas y sus cuestiones domésticas, sean entregadas á la malignidad de personas extrañas; y cuando han adquirido la conviccion de que no tienen en su muger un confidente discreto, se hacen desconfiados y completamente impenetrables. Tal es su venganza, y fuerza es confesar que no hay derecho para quejarse de una reserva que la prudencia mas vulgar exige, y que se puede justificar con tan sólidas razones. Es verdad que la expansion parece una necesidad imperiosa en la generalidad de las mugeres; pero, ¡que reflexionen sobre los inmensos inconvenientes que lleva en pos de sí esa felicidad con que en estas ocasiones dejan ver el fondo de su corazon! Las consecuencias de esta ligereza no son menos funestas cuando se trata de quejas que los hijos motivan: el público, que recibe fácilmente ciertas impresiones, toma acta minuciosa de las confidencias que dicta una irritacion pasajera, y conserva memoria demasiado fiel de apreciaciones que le parecen mucho mas exactas que las que podrian llegarle por otro conducto: de esta manera acontece con frecuencia que madres indiscretas comprometen el porvenir de sus hijos.

Así como un gobierno bien organizado necesita guardar en algunos negocios una reserva inviolable, el hogar doméstico ha de tener tambien sus secretos de Estado, que no deben, bajo ningun pretexto, llegar á oídos extraños: sin esto no puede haber para la familia posicion estable ni seguridad verdadera.

J. T. L.

SOBRE LOS INCONVENIENTES QUE OFRECE

EL ENSEÑAR. A LEER PREMATURAMENTE.

Existe, hace unos tres mil años, cierta comunidad de origen no bien conocido; pero viene haciendo un papel tan importante en el mundo, que bien se le puede perdonar la oscuridad de su procedencia. Pocos son los acontecimientos históricos en que esta

comunidad no ha tenido parte en la vida de los pueblos civilizados; por conducto de ella ha llegado á nuestra época la memoria de los hombres y las cosas de la antigüedad, y á ella se deberá también que los hombres y las cosas de ahora sean conocidos en los siglos venideros. Toma parte en los tratados de paz, en las declaraciones de guerra, en muchos convenios y relaciones sociales; y sin ella, los admirables ingenios con que se honra la humanidad, solo hubieran dejado huellas imperceptibles de sus pasos en el mundo; en una palabra, esta comunidad es la memoria de los siglos. Empero si bien sus beneficios son inmensos, no lo son menos sus crímenes; pues difundiendo la verdad lo mismo que el error, y sembrando igualmente la virtud y el vicio, es el agente mas infatigable del bien y del mal entre los hombres: por eso es amada y temida, admirada y despreciada; pero amigos ó enemigos, todos la emplean.

Esta comunidad se compone hoy de veintiocho hermanas, no con iguales derechos y deberes; y aunque cada una tiene su carácter, no es tan particular y distintivo en algunas, que evite á los no muy bien enterados de todos los oficios de la comunidad el confundirlas. Cinco, y aun seis, desempeñan cargos muy principales, y su obligacion mas importante consiste en poner de acuerdo á las demás, que sin esta intervencion nunca podrian entenderse; pero estos odios de familia son de tal naturaleza, que á pesar de las hermanas conciliadoras, existen algunos caprichos de carácter, con frecuencia inexplicables. La generalidad de los que están en continuas relaciones con ellas toleran esas extravagancias; pero no falta quien clame contra las hermanas que con sus impertinencias exigen un estudio especial para saberlas tratar; y los descontentos de este orden de cosas, han llegado hasta el extremo de formar un partido para declarar cesantes á tres ó cuatro y nivelar los derechos de las demás, lo cual es propio de estos tiempos en que tanto se suspira por igualdad y economías.

Estas veintiocho hermanas, las conocen nuestras amables lectoras, son las letras del alfabeto; y si hay motivos por los cuales no se entienden siempre todas ellas entre sí, y hasta impiden que los gramáticos se entiendan, no es de extrañar que los niños experimenten tantas dificultades y repugnancias cuando se les obliga á familiarizarse con ellas.

En efecto, enseñar á un niño de tierna edad los primeros rudimentos de la lectura, es imponerle una

tarea penosa sobre signos que nada le representan, y en favor de los cuales no es posible darle una razon que esté á su alcance. No hay medio de hacer explicaciones, porque toda explicacion debe fundarse en principios ú observaciones repetidas; y el niño que carece todavia de los unos y de las otras, tendrá que hacer la observacion sin haber adquirido todavia el desarrollo suficiente en sus facultades para observar. Como los pensamientos se expresan por medio de la palabra y esta por la escritura, se ofrece un doble trabajo para la inteligencia, que en las letras y sus combinaciones debe descubrir sonidos, y en los sonidos el pensamiento.

Verdad es que si unas mismas letras representasen siempre los mismos sonidos, las dificultades no serian tantas; pero vemos que estas nacen de las condiciones íntimas del entendimiento, é independientemente del método, del procedimiento, y del talento y habilidad del que enseña, sin que por ello creamos que estos elementos sean indiferentes; pues todo lo que puede contribuir á fijar la atencion del niño, y á grabarle en la memoria lo que aprende, tiene mucha importancia: nadie podrá creer que un orden bien entendido en el estudio de las letras y sílabas no sea preferible á otro.

En nuestro concepto, es un error lamentable el enseñar á los niños los nombres de las letras mucho tiempo antes de que puedan distinguir las formas, y concebir la naturaleza de estos signos abstractos y arbitrarios, que lejos de facilitar la pronunciacion de las palabras la dificultan, porque la lectura, como el lenguaje oral, consiste en pronunciar sílabas, y no en expresar los nombres de las letras: estas no tienen ningun lazo que las fije en la memoria, y en la práctica de la lectura nunca se encuentran en el orden alfabético. He aquí por qué se suele emplear mesecs y aun años en lo que en edad conveniente, y con un método racional, se podria conseguir en algunas semanas. Cuando un niño se ocupa en aprender los primeros rudimentos de la lectura, es necesario que haya principiado á conocer la utilidad de ella, y que experimente deseo de aprenderla; pero no es posible inspirar este deseo hasta que adquiriera un conocimiento algo extenso del lenguaje.

El niño aprende á hablar porque la necesidad le obliga, sin que ningun otro motivo personal le precise á designar un árbol con la palabra *árbol*, sino porque así le entienden los demás. Obligado á co-

municar sus pensamientos, adopta el medio mas pronto; pero ninguna necesidad imperiosa le mueve á informarse de las letras y de las sílabas, ni vé motivo racional para darles un nombre con preferencia á otro: menester es saberlas ya bien para concebir que la *b* con la *a* suena *ba* y no *bu*. Ello es que los niños suelen aprender á leer sin darse cuenta de las reglas convencionales de este arte.

La imitacion, esta simpatía que mueve á la criatura á repetir lo que vé hacer á los demás, ha hecho por lo general los primeros gastos de la enseñanza. Un niño, siempre que sus disposiciones lo permiten, hace y dice lo que se le indica. Repetirá *a* cuando se le diga *a*; y mientras permanezca en su indiferencia natural, recibirá la enseñanza que se le dé; pero esta perezosa condescendencia no podrá conducirle muy lejos, ni durar mucho tiempo. Se fastidiará de repetir sonidos á los cuales no refiere ideas, y el instinto de imitacion no bastará para sostener la voluntad mas activa y el esfuerzo de atencion que se le empicce á exigir. Entonces procurará emplear por su propia cuenta esta voluntad, y solo habrá que esperar una obstinacion tanto mas invencible, cuanto menor apoyo pueda ofrecer su razon, ó menos medios de ataque haya en el que lo enseña. Se querrá que diga *ba*, y él dirá *bu*, porque tan fundada le parece una cosa como otra; sino es que, como él es quien la ha de pronunciar, llegue á considerarse dueño de querer abdicar ó no su poder. En este caso, con medios violentos nada bueno se conseguirá; pues bien podria decir como aquella cantatriz á quien un rey de Prusia mandó prender porque no queria desempeñar su papel en una ópera: «Teneis mil medios, dijo, para hacerme llorar; pero ninguno para obligarme á cantar.» Llorar y gritar serán cosas mas fáciles que pronunciar la sílaba enseñada, porque hay muchas razones para llorar por lo que atormenta, y ninguna para ceder á lo que desagrada.

En resúmen, conocer signos antes que las ideas que representan, ó sea aprender á leer sin poder pronunciar ni tener suficiente conocimiento del lenguaje, es contrario á un principio de educacion.

Algunos padres, prevenidos en favor de la precocidad de sus hijos, creen que iniciándolos muy temprano en la lectura, desarrollarán esa capacidad de que suponen que la naturaleza los ha dotado; pero la experiencia viene á probar lo contrario, y seria en verdad muy difícil distinguir la diferencia entre las adquisiciones intelectuales de dos jóvenes de diez y

ocho ó veinte años de edad, de los cuales hubiese uno empezado á leer á los cuatro años y el otro á los seis ó siete. En esta edad es de presumir que el niño emprenderá este estudio con una atencion mas sostenida, con mayor deseo de instruirse, con sentimiento mas real del valor de la lectura, con una pronunciacion mas clara y un conocimiento mas extenso de las palabras que ha de encontrar en los libros: estos, en manos de niños menores de seis años, no proporcionan ventaja alguna para lo físico ni para lo intelectual.

En fin, si por medio de la lectura se han de rectificar, ampliar y perfeccionar las nociones adquiridas por la experiencia y la conversacion, será no solo inútil sino hasta perjudicial, enseñarla en una edad en que los niños solo encuentran en los libros combinaciones de signos que no pueden transmitir á las inteligencias infantiles ideas claras y exactas.

J. T. L.

LA AUTORIDAD DEL PADRE DE FAMILIA

NECESITA ESTAR SECUNDADA POR LA MADRE.

La energía que en ciertos casos debe un padre asociar á su ternura, puede ser atemperada con gran ventaja por la madre. Tesoro inagotable de benignidad, el corazon maternal dirige por medio de los afectos, y puede mostrarse afligido de los castigos impuestos; pero debe insistir en que sean corregidas las faltas, sin poner en duda jamás la autoridad del padre, ni mucho menos contrarestarla, que es lo que sucede con mas frecuencia.

Madres imprudentes, ó celosas de adquirir la mejor parte en el amor de sus hijos, hacen con ellos una especie de alianza, y se declaran en abierta rebelion contra su marido. Si este dá una orden, su muger encuentra medio de eludirla; si castiga, ella perdona; si se enfada, se le pone de frente, complaciéndose en hacer el papel de leona que defiende sus cachorros.

La madre que así procede, no vé que puede llegar un dia en que sus hijos, despues de haber invocado el apoyo de ella contra el gefe de la familia, harán alianza con este, cuando ella quiera refrenar un defecto. Entonces será, á su vez, acusada de tiranía, quedará desatendida como caprichosa, sin recurso para reprimir á unos hijos que no conocen el respeto, y, sobre todo, verá con desesperacion que

su ciega ternura obtiene por premio el desafecto, y es causa de desgracia para sus hijos.

Las cosas van mejor cuando la madre invoca la autoridad de su marido como ley suprema. Si la represión de una falta le parece demasiado severa, que no lo demuestre, sino que se limite á pedir ostensiblemente gracia para el culpable. Este proceder ofrece una triple ventaja: dar á conocer á los niños lo que vale la autoridad á que su misma madre tiene que implorar; mostrarles que la dulzura puede ablandar el corazón de un padre, que mejor sabe amar que castigar; y en fin, transformar el regazo materno en un refugio contra las penalidades y miserias de la vida.

T.

LOS CELOS INFANTILES.

En el cultivo de los afectos de familia, la acción de la madre puede ser muy eficaz para conseguir que sus hijos se amen con ternura.

El primer obstáculo del amor fraternal suele ser la envidia, que es muy natural en la infancia y se manifiesta desde muy temprano; siendo causa del decaimiento de niños, que después de haber sido objeto de todos los cuidados y ternuras de sus padres, ven dirigir una parte de esta solicitud hacia un hermano recién nacido. Esta envidia se transforma con frecuencia en odio ardiente, hasta el extremo de haber sido sorprendidos niños de tres ó cuatro años queriendo estrangular al que consideraban como intruso.

Para prevenir ó atenuar esta mala inclinación, es indispensable abstenerse de hacer, en presencia de un niño naturalmente envidioso, caricias en que no tenga parte; y también, con el fin de vencer su aversión, convendrá ponerle en los brazos á su hermano, afectando confiárselo á su cuidado y dirección. De esta manera sentirá desde luego cierta superioridad, y no podrá tener celos de un ser que él considerará como suyo, y á quien podrá manejar á su gusto. Sin duda que entonces procurará conservar en buen estado á su protegido; cuidará de que la papilla esté bien preparada, y la probará para asegurarse de que está buena; le inquietará el llanto del recién nacido, y llamará á su madre ó á la nodriza para que lo callen. Cuanto mas trabajo se tome, mas amará á la criatura á quien estaba dispuesto á odiar: tan cierto es que, en todas las eda-

des, la humanidad se apasiona mas del bien que hace que del que recibe!

T.

NO ES CONVENIENTE DISPENSAR Á LOS HIJOS

UNA CONFIANZA ILIMITADA.

Vemos algo generalizada la opinión de que los padres y madres de familia deben tener con sus hijos la mas absoluta confianza. Entre los hombres que no tienen cualidades de carácter para ejercer la autoridad necesaria al jefe de una familia, hay algunos que prefieren jugar con sus hijos y hacer entre ellos el papel de camarada. También hay madres que quieren ser confidentes de ellos, y saber todas sus faltas, aunque los varones tengan diez y ocho ó veinte años: estos extremos por ambas partes son, en nuestro concepto, muy viciosos.

Lo diremos sin rodeos: los niños, esos seres caprichosos, faltos de razón y susceptibles de otros muchos defectos, no puedan ser bien dirigidos, sino por medio de la autoridad. Si esta ha sido aceptada largo tiempo, su influjo moral bastará, y en la generalidad de los casos se verá dispensada de recurrir á la fuerza; mas por el contrario, esta no será suficiente, si el respeto debido á la dignidad de los padres se ha transformado en extremada llaneza.

Muy distante de nuestro deseo el pedir que los niños sean tratados con una rigidez estóica; y mucho mas, que se les dificulte sus espontáneos testimonios de cariño, porque á este precio sería demasiado penosa la paternidad; pero creemos que los padres no deben familiarizarse demasiado con sus hijos, ni dejarse llevar de las seductoras zalamerías, particularmente de las niñas, que tienen por lo general un tacto admirable para tomar ascendiente, y una propensión constante á emplearlo con abuso.

Una madre no puede ser confidente de sus hijos, porque se vería en la necesidad de aprobar todas las faltas que le revelasen, so pena de no volver á saber nada; y si esto es así, ¿de qué sirven estas confidencias? Lejos de ser útiles son perjudiciales, porque libran de los remordimientos, y además, ajan la delicadeza que todo jóven debe encontrar en su madre: esta, por adquirir un conocimiento estéril, se imposibilita de impedir ningún mal.

La madre que quiera oír nuestros consejos, guardará, con el cuidado que las vestales conservaban el fuego sagrado, el respeto de sus hijos; cultivará la admirable ternura que ella puede inspirar siempre; absorberá la imperiosa necesidad de amar que atormenta á la adolescencia; y en fin, se esforzará para ser considerada por sus hijos como un ser superior, como la personificación de todo lo grande y bello.

En estas circunstancias, si sus hijos faltan al deber, bastará que ella muestre un profundo disgusto; después será inútil que reprenda ó castigue: una lágrima caída de sus ojos infundirá remordimientos en el corazón del culpable.

T.

Madama de Palmene, joven aun, y viuda hacia muchos años, se consagraba enteramente á la educacion de su única hija, objeto de todos sus cuidados y ternura. Su esposo, al morir, habia dejado muchas deudas; y Madama de Palmene no habia podido satisfacerlas, sino resignándose á dejar á París para habitar una posesion que tenia en el condado de Turena, á una legua de Loches. El castillo era antiguo y vasto. Sus torres, fosos y puente levadizo recordaban los siglos memorables de los Guesclin y Bayard; aquellos buenos tiempos de la caballería, que se podrian echar de menos si la lealtad y denuedo de algunos esforzados caballeros pudiesen suplir la policia y las leyes.

El interior del castillo estaba en armonia con el exterior: todo mostraba allí la noble sencillez de nuestros antepasados. No habia dorados, ni esa ridícula profusion de figuras y vasos de porcelana que llenan nuestras casas modernas; pero se gozaba admirando bellos tapices que representaban pasajes interesantes de la historia; se paseaba en grandes galerías adornadas de retratos de familia, y desde las ventanas del salon, se descubria, por un lado un soberbio bosque, y por el otro las amenas orillas del Indre.

Allí fué donde Eugenia (así se llamaba la hija de Madama Palmene) pasó los primeros años de su juventud, y



EL VESTIDO DE BAILE.

(CUENTO.)

Madama de Palmene, joven aun, y viuda hacia muchos años, se consagraba enteramente á la educacion de su única hija, objeto de todos sus cuidados y ternura. Su esposo, al morir, habia dejado muchas deudas; y Madama de Palmene no habia podido satisfacerlas, sino resignándose á dejar á París para habitar una posesion que tenia en el condado de Turena, á una legua de Loches. El castillo era antiguo y vasto. Sus torres, fosos y puente levadizo recordaban los siglos memorables de los Guesclin y Bayard; aquellos buenos tiempos de la caballería, que se podrian echar de menos si la lealtad y denuedo de algunos esforzados caballeros pudiesen suplir la policia y las leyes. El interior del castillo estaba en armonia con el exterior: todo mostraba allí la noble sencillez de nuestros antepasados. No habia dorados, ni esa ridícula profusion de figuras y vasos de porcelana que llenan nuestras casas modernas; pero se gozaba admirando bellos tapices que representaban pasajes interesantes de la historia; se paseaba en grandes galerías adornadas de retratos de familia, y desde las ventanas del salon, se descubria, por un lado un soberbio bosque, y por el otro las amenas orillas del Indre.

Allí fué donde Eugenia (así se llamaba la hija de Madama Palmene) pasó los primeros años de su juventud, y

donde tomó el gusto á los recreos campestres y la vida tranquila y retirada. Durante los hermosos días de la primavera y del verano, daba con su madre largos paseos; por la tarde se iban al bosque á buscar la sombra y la frescura, y ora se ejercitaba Eugenia en la carrera, ora cogia plantas, cuyos nombres y propiedades le daba á conocer su madre. Con frecuencia tomaba allí sus lecciones y oia lecturas interesantes; despues, al ponerse el sol, dejaba el bosque para ir á las risueñas orillas de la ribera. Luego que Eugenia entró en ocho años, su vida fué mas sedentaria. Mil ocupaciones la detenian en el castillo; pero se levantaba al amanecer, iba á desayunarse en el parque ó en los campos, y por la tarde andaba además una ó dos leguas con su madre.

Tenia por compañera en sus juegos á la hija de su aya. Esta joven, llamada Valentina, de cuatro años mas que Eugenia, tenia bellissimo carácter, buen corazon y era muy laboriosa. Presenciaba todas las lecciones que recibia Eugenia, y las aprovechaba de manera que su joven señorita la consideraba siempre, con razon, como amiga.

Entretanto Eugenia llegó á los diez y seis años. A las gracias naturales de su edad reunia una inteligencia cultivada, discrecion, dulzura inalterable, y la mas perfecta

donde tomó el gusto á los recreos campestres y la vida tranquila y retirada. Durante los hermosos días de la primavera y del verano, daba con su madre largos paseos; por la tarde se iban al bosque á buscar la sombra y la frescura, y ora se ejercitaba Eugenia en la carrera, ora cogia plantas, cuyos nombres y propiedades le daba á conocer su madre. Con frecuencia tomaba allí sus lecciones y oia lecturas interesantes; despues, al ponerse el sol, dejaba el bosque para ir á las risueñas orillas de la ribera. Luego que Eugenia entró en ocho años, su vida fué mas sedentaria. Mil ocupaciones la detenian en el castillo; pero se levantaba al amanecer, iba á desayunarse en el parque ó en los campos, y por la tarde andaba además una ó dos leguas con su madre.

Tenia por compañera en sus juegos á la hija de su aya. Esta joven, llamada Valentina, de cuatro años mas que Eugenia, tenia bellissimo carácter, buen corazon y era muy laboriosa. Presenciaba todas las lecciones que recibia Eugenia, y las aprovechaba de manera que su joven señorita la consideraba siempre, con razon, como amiga.

Entretanto Eugenia llegó á los diez y seis años. A las gracias naturales de su edad reunia una inteligencia cultivada, discrecion, dulzura inalterable, y la mas perfecta

igualdad de carácter. Su ternura y reconocimiento hacía Madama de Palmene no tenían límites. Constantemente dedicada á su madre, y adoptando todos los medios de complacerla, no habia ocupacion que no tuviese atractivos para ella. Si aprendia de memoria versos, decia para sí: «Mamá me los oirá repetir con placer: esta tarde, paseándonos, se los recitaré.» Si estudiaba el inglés ó el italiano: «¡Cuál será, decia, la sorpresa y alegría de mamá cuando vea que en vez de la página señalada, he traducido dos!» Escribiendo, dibujando y estudiando la música, se hacia las mismas reflexiones: «Este cuadro adornará el gabinete de mamá; y siempre que lo vea, pensará en su Eugenia. Cuando yo sepa bien esta cancion, se alegrará mamá.»

Esta idea, que á todo era aplicable para ella, le hacia encontrar un encanto inexplicable en el estudio, le allanaba las dificultades y le transformaba en placeres deliciosos todos su deberes.

A fin de acabar de perfeccionar la educacion de Eugenia, Madama de Palmene tomó la resolucion de ir á pasar dos años á París, y salió de su agradable soledad á fines de setiembre; luego que llegó á París, tomó una pequeña casa, en la cual echó de menos Eugenia, mas de una vez, las deliciosas riberas del Indre y del Loira. Madama de Palmene tuvo el gusto de volver á encontrar muchas personas á quienes habia conocido en otro tiempo; y entre ellas distinguió, sobre todo, á un antiguo amigo de su marido llamado el conde de Amilly, digno en efecto de esta preferencia por su mérito y virtudes. Era viudo hacia mucho tiempo, y no tenia mas que un hijo de diez y ocho años de edad, de quien acababa de separarse por dos años: este jóven, llamado Leoncio, estaba en Italia y en seguida debia ir á viajar por el Norte.

El conde de Amilly cenaba todas las noches en casa de Madama de Palmene, y á las diez y media Eugenia se iba á dormir: luego que se habia retirado, el conde hablaba de ella siempre para elogiarla; admiraba su talento, su modestia, su reserva, cierto aire de dulzura y franqueza que llenaba de un encanto inexplicable todas sus acciones. Despues hablaba de su hijo, encareciendo su inteligencia, su carácter y su corazon. Madama de Palmene no escuchaba sin un secreto placer el elogio de Eugenia, ni oía sin cierta emocion pronunciar tan á menudo el nombre de Leoncio; y en estas dulces conferencias, la hora se les pasó olvidada mas de una vez; mas de una vez hubo ocasión de exclamar: «¿Cómo pues! ¿son ya las tres?»

El conde de Amilly continuó siempre con la misma asiduidad; pero sin explicarse mas. Solo dijo un dia: «Mi hijo tendrá una fortuna considerable; pero antes de partirle con él quiero enseñarle á disfrutarla. Cuando regrese habrá cumplido veinte años, y lo casaré con una mujer amable, que con sus gracias, ejemplo y dulzura, pueda hacerle agradables todos los deberes y amar siempre la virtud.»

Madama de Palmene reconocia muy bien que el retrato de esta muger era el de Eugenia; pero reflexionando en la extrema desigualdad que habia entre su fortuna y la del conde de Amilly, le era muy difícil persuadirse de que él tuviese miras hacia Eugenia.

Hacia ya cerca de dos años que Madama de Palmene vivia en París, y Eugenia frisaba en los diez y ocho, cuando una noche el conde de Amilly entró en casa de Madama de Palmene pidiéndole permiso para presentarle á su hijo, que acababa de llegar. Un jóven de figura interesante se adelantó hacia Madama de Palmene, y la saludó con un aire que participaba de soltura y timidez que realzaba sus atractivos naturales. El conde y su hijo se quedaron á cenar. Leoncio habló poco, pero miró mucho á Eugenia, y no dijo una sola palabra que no significase su vivo deseo de agradar á Madama de Palmene.

Al dia siguiente, el conde volvió con su hijo, y Madama de Palmene manifestó que se habia impuesto como ley absolutamente irrevocable el no recibir en su casa jóvenes de la edad de Leoncio. «Pero, señora, replicó el conde, es menester, por lo mismo, que juzgueis si os puede convenir....» — «¿Cómo! ¿qué quereis decir?.....» — «¡Pues qué! ¿no veis que su felicidad y la mia dependen de ello? Tomaos tiempo para conocerle; y si tiene la felicidad de agradaros, serán oídos mis votos y los suyos.»

Esto era hablar claramente. Madama de Palmene dió á conocer al conde el reconocimiento que estas manifestaciones le inspiraban; sin embargo, no empenó su palabra, queriendo consultar antes á Eugenia y adquirir algunos informes sobre el carácter de Leoncio. Todo cuanto llegó á saber de él, vino á redoblar su deseo de adoptarlo por hijo; y estrechándola de nuevo el conde á dar una contestacion, ella no vaciló. Cuando todo estuvo convenido, se firmó el contrato matrimonial; y al dia siguiente, Leoncio recibió con júbilo la mano de la amable Eugenia; los nuevos esposos fueron conducidos á una deliciosa quinta que tenia el conde á diez leguas de París, y se acordó no regresar hasta fines del otoño.

Madama de Palmene pasó tres meses con ellos, y se vió precisada á dejarlos, porque estando decidida á establecerse definitivamente en París, el arreglo de sus negocios exigia que hiciese un viaje á Tureña. Sin embargo de que ella debia volver antes del invierno, Eugenia tuvo necesidad de toda su razon para soportar una separacion tan dolorosa. Su pena y su melancolia, despues de la partida de su madre, la hicieron mas interesante todavía á los ojos de Leoncio, que sentia cierta emocion secreta al contemplarla en este estado de tristeza y abatimiento. Al verla derramar lágrimas, decia para sí: «¿Cuáles serán un dia mis derechos en un corazon tan sensible y lleno de reconocimiento?» — Eugenia, sin embargo, temerosa de contristar á Leoncio, le ocultaba en parte su pesar; pero desahogaba

este sentimiento con Valentina, aquella jóven que habia sido la compañera de su infancia: los consuelos mas dulces de Eugenia consistian en hablar de su madre y escribirle diariamente largas cartas.

Dos meses habian transcurrido desde la partida de Madama de Palmene, durante los cuales Eugenia no hizo ningun viaje á París: cada dia amaba mas á Leoncio. Con frecuencia iban á pasearse solos á los bosques y á los campos, y Eugenia, preguntando á Leoncio sobre sus viajes, experimentaba el placer de instruirse escuchándole. Otras veces, sentados á la orilla de un arroyuelo, Eugenia cantaba, y su dulce y melodiosa voz atraia á los segadores, que dejaban su trabajo para acudir á oirla. Una tarde, Eugenia vió en medio de ellos un venerable anciano; supo que se llamaba Gerónimo, y que, á pesar de tener setenta y cinco años de edad, era el único apoyo de una hermana paralítica y de cinco nietos huérfanos. Eugenia solo tenia una muy corta pension: es verdad que su suegro poseia una fortuna considerable y era muy benéfico; pero queriendo habituár á su hijo y á su nuera al orden y á la economía, tenia la prudencia y el valor de no haber partido todavia su fortuna con ellos. «Cuando me hayais probado, les decia, que sabeis hacer un digno uso del dinero, haremos bolsa comun; si en cinco años, por ejemplo, estoy satisfecho de vuestra conducta, me consideraré feliz cediendo lo que tengo en favor de un hijo económico y razonable; pero no abandonaré á un disipador ó insensato una fortuna que solo debo á mi mismo, y de la cual puedo disponer á mi voluntad.»—«¡Ah, padre mío! respondia Leoncio, dándome á Eugenia, ¿no me lo habeis dado todo?»

A Eugenia, por su parte, le bastaba su pension; observaba en todo la mayor economía, y hasta no le faltaban medios para ser generosa y benéfica. Siempre interesada en favor del buen anciano Gerónimo, una noche al acostarse dijo á Valentina que le rogaba le llevase algun socorro. Al dia siguiente por la mañana, el conde de Amilly vino, como tenia de costumbre, á desayunarse con su nuera. «He aquí, la dijo, una invitacion para un magnífico baile que se dará en París dentro de quince dias; yo deseo, hija mia, que concurráis; y como os hace falta un vestido de baile, quiero ofrecéroslo.»

Diciendo estas palabras, el conde puso sobre una mesa un bolsillo con sesenta doblones. Cuando se quedó sola Eugenia, llamó á Valentina, y mostrándole el presente que acababa de recibir: «Con cincuenta doblones, dijo, tendré bastante para un lindo vestido; así, pues, voy á tomar diez doblones de esta suma para dárselos al pobre Gerónimo; y tú, Valentina, ve á informarte á la aldea de si todo lo que me ha dicho ese anciano es verdad; de si no hay exageracion en lo que me han contado, y yo misma le llevaré el dinero que le destino.»

Por la tarde, Valentina volvió de la aldea y dijo á su

señorita que no solo habia tomado informe del cura y de muchos aldeanos, sino que habia estado en la cabaña del anciano, donde habia visto á la pobre hermana paralítica al cuidado de una niña de doce años, que era la mayor de los nietos de Gerónimo; que la enferma estaba en un aposento aseado, y en una cama bastante buena, mientras que el anciano dormia sobre la paja en una especie de cámara muy pequeña; que Gerónimo, en fin, era el vecino de la aldea mas infeliz y honrado, así como tambien el mejor hermano y abuelo. «Vamos, dijo Eugenia, aquí tengo el bolsillo que me ha dado mi suegro, llevémosle inmediatamente diez doblones.»

Eugenia tomó el brazo de Valentina y salió, encargando decir á Leoncio que ella se iba por el paseo de los sauces á ver trabajar los segadores.

Llega Eugenia al campo donde Gerónimo trabajaba ordinariamente hasta ponerse el sol; le busca con la vista, y no viéndolo, pregunta dónde está; le responden que agobiado de cansancio y calor, habia ido á descansar un momento á la sombra, y se habia dormido á la orilla de un arroyo junto á un gran seto de escaramujos.

Eugenia y Valentina se dirigieron hácia aquel sitio, y pronto vieron al anciano, que dormia rodeado de sus nietos. Aproximanse con precaucion temiendo despertarle, y se detienen algunos pasos para contemplar el mas tierno cuadro. El buen anciano dormia profundamente; una linda niña de ocho á nueve años ataba con tiento su delantal en la cerca de rosales silvestres, por encima de la cabeza de su abuelo, á fin de preservarle del ardor del sol; uno de sus hermanos le ayudaba en esta tarea, mientras que los otros dos, con ramas de sauces y de rodillas á uno y otro lado del anciano ahuyentaban las moscas y los mosquitos que se le aproximaban al rostro. La niña, al ver á Eugenia, le hizo seña con la mano para que no hiciese ruido: Eugenia se sonrió, y adelantándose de puntillas, la abrazó y le dijo muy bajo: «Es menester que yo hable á vuestro abuelo cuando se despierte; idos todos á jugar allá abajo, y volveréis cuando yo os llame.»

La niña opuso alguna resistencia, así como los muchachos, que no consintieron en irse sino bajo la condicion de que Eugenia y Valentina prometiesen con formalidad colocarse en lugar de ellos para ahuyentar las moscas.

Hecho este convenio, Eugenia tomó las ramas de sauce, se sentó con Valentina junto al cercado de escaramujos, y la pequeña familia se alejó y desapareció. Entonces Eugenia, sacando su bolsa de la faltriquera, la puso sobre su falda para separar los diez doblones. En seguida, temerosa de hacer demasiado ruido contando el dinero, se detuvo; y fijando sus ojos en el anciano, lo contempló con enternecimiento. «¡Qué tranquilamente duerme! decia ella; ¡respetable y buen anciano!... ¡Qué

imponente es su figura! setenta y cinco años, ¡qué venerable edad!... Durante tan larga carrera, ¡cuántas fatigas habrá soportado! y ahora que sus fuerzas le abandonan, ¡todavía se vé obligado á trabajar sin descanso!

Pronunciando estas palabras, Eugenia derramó algunas lágrimas. «Pensad, señora, dijo Valentina, en la alegría que vais á proporcionar al darle diez doblones...» — «¡Este presente, replicó Eugenia, esta corta suma, no puede labrar la felicidad de su vida!... ¡Oh! ¡qué dulce sería el asegurarle la tranquilidad en sus últimos días! Diez doblones solo proporcionarán un alivio á su miseria; pero con cincuenta alcanzaria su bienestar: ¡cincuenta doblones!... ¡lo que costará mi vestido! Y este, ¿qué placer me proporcionará? Apenas será notado; ¡veré mil mas ricos que el mio!... Y por otra parte, ¿crees tú, Valentina, que con él me encontrará Leoncio mas linda? ¡Le he parecido hoy tan bien con este vestido blanco y las violetas que él cogió esta mañana! Mira, Valentina, con diez doblones podré tener un vestido bueno; sencillo, es verdad, pero que me sentará mejor: las flores y la gasa son mas propias de mi edad; ¿no te parece?» — «Yo, señora, os lo confieso, me alegraria mucho de veros muy compuesta.» — «¡Ah, Valentina! ¡contempla este anciano y olvidarás tan vana idea; piensa, pues, en la satisfaccion que yo experimentaria sacando de la miseria á este buen padre de familia!... ¡Con qué júbilo cenaria esta noche rodeado de sus nietos! ¡cuánto los abrazaria! ¡cómo se acariciarían! ¡y yo, mañana por la mañana, podria participárselo á mi madre!... ¡Oh! ¡mi madre! ¡cuán feliz sería leyendo mi carta!» — «Pero, señorita, sereis la única que en el baile se presente con tanta sencillez: esto podria desagradar á vuestro señor padre político...» — «Y tal vez á Leoncio... Sin embargo, ¡son uno y otro tan buenos, tan benéficos!... Vamos, Valentina, consultaré á Leoncio; yo no debo hacer nada sin su consentimiento. Pero alejémonos de aquí, porque el aspecto de este anciano me mueve una tentacion á la cual yo no podria resistir. Vamos á buscar á Leoncio; volveremos despues.»

Pronunciando estas últimas palabras, Eugenia iba á levantarse, cuando oyó detrás un ruido de hojas que la obligó á volver la cabeza; y en el mismo instante, vió á Leoncio que, pasando por encima de la cerca, vino á echarse á sus piés. El habia salido de la casa un momento despues que Eugenia, para ir á incorporarse á ella: sabiendo que buscaba á Gerónimo, y no dudando que fuese á llevarle algun socorro, Leoncio habia venido á ocultarse detrás de la cerca de los escaramujos para escuchar la conversacion. «¡Oh! mi encantadora Eugenia, exclamó: todo lo he oido. Ocupándoos en asegurar la felicidad de este anciano, habeis colmado la mia, me habeis mostrado cuán digna sois de ser amada.»

No habia Leoncio concluido de hablar, cuando Gerónimo se despertó. Suéltase Eugenia de los brazos de

Leoncio, y se aproxima al anciano; este la mira con admiracion, y, por respeto á ella, quiere levantarse. Eugenia lo invita á permanecer sentado; pero él se escusa añadiendo: «Es menester que yo vaya á trabajar.» — «Nó, dijo Eugenia; descansad hoy...» — «¿Y mi jornal?...» — «Yo os lo pagaré. Tomad, aceptad este bolsillo: ¡ojalá os proporcione tanto placer como yo siento al ofrecéoslo!»

Al decir estas palabras, se inclina con aire compasivo y respetuoso, y pone en las manos temblorosas del anciano el bolsillo que contenia cincuenta doblones. Leoncio contempla extasiado á Eugenia; nunca le habia parecido tan seductora; nunca le habia producido en su corazon una impresion tan profunda. Pero el anciano, al abrir el bolsillo, experimenta una especie de sobresalto; no habia visto en toda su vida una suma tan considerable: se frota los ojos, y cree soñar. Eugenia gozaba en silencio de este exceso de sorpresa. En fin, Gerónimo, cruzando fuertemente sus dos manos: «Pero, Dios mio, dijo con voz entrecortada, ¿qué he hecho yo para merecer tan gran beneficio?»

Y levantando la cabeza, y mirando á Eugenia con los ojos anegados en lágrimas: «¡Oh, señora, exclamó, que el Señor, para recompensaros, os dé hijos que os imiten!»

No pudo decir mas: sus lágrimas le cortaron la palabra. En aquel momento toda la gente menuda de Gerónimo volvia corriendo. Eugenia rogó al anciano que cerrase el bolsillo y ocultase á todo el mundo este suceso; abrazó de nuevo á la linda Simonita, y despidiéndose del buen anciano volvió á tomar con Leoncio el camino de la casa de campo.

Eugenia, por una delicadeza muy natural, no queria que su suegro tuviese conocimiento de este hecho antes del dia en que habia de efectuarse el baile, temiendo que el conde le diese otro vestido. Por fin llegó este dia; el conde se quedó en la casa de campo, y Leoncio y Eugenia partieron para París. Eugenia, en el baile, llamó y fijó la atencion de toda la concurrencia, no solo por sus atractivos personales, sino por la elegante sencillez de su compostura, que no la realzaban los diamantes ni las perlas: nada llevaba que pudiese ofender á sus gracias naturales. El dulce recuerdo del anciano vino mas de una vez á ofrecerse á su imaginacion y á reanimar su alegría; mas de una vez, considerando la excesiva y loca magnificencia de las jóvenes de su edad, dijo para sí: «¡Cómo las compadezco! no conocen los verdaderos placeres.»

Al amanecer, Leoncio se volvió con Eugenia á la casa de campo: queria que su padre la viese en traje de baile, porque ardía en la impaciencia de contarle la historia del anciano, y gozaba anticipadamente del placer que le iba á proporcionar. En efecto, el conde oyó la narracion con alegría y enterneamiento; estrechó mil veces en sus brazos á la amable Eugenia, y desde aquel instante tuvo para ella todos los sentimientos del mas cariñoso padre. Al dia

siguiente Eugenia y Leoncio fueron á visitar al anciano. Leoncio le ofreció encargarse de la suerte de dos de sus nietos: la niña y su segundo hermano. Simonita fué enviada á casa de una modista de París, y su hermano colocado de aprendiz en un taller de carpintería. El conde de Amilly colmó de dicha al anciano, dándole una vaca y una yugada de tierra inmediato á su cabaña. La feliz madre de Eugenia, Madama de Palmene, que regresaba del condado de Turena, recibió en el camino la carta que contenía todos estos pormenores.

¡No es fácil imaginar la impresion que una carta como aquella puede producir en el corazon de una madre!... En fin, la sensible y encantadora Eugenia se volvió á ver en los brazos de Madama de Palmene, que no volvió á separarse de su hija. Eugenia fué siempre la delicia de su madre, de su esposo y de su familia; halló en su propio corazon, y en la estimacion pública, la justa recompensa de sus virtudes y de su conducta; y para colmo de su dicha, el cielo oyó los votos del anciano: tuvo hijos dignos de ella, que le hicieron experimentar toda la felicidad que ella misma procuraba á su madre.

L. C. DE G.

LAS AGUJAS,

COMO PRODUCTO DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA.

Cuando se considera: primero, la sencillez; segundo, la pequeñez, y tercero, el módico precio de una aguja, parece que este pequeño instrumento no exige largo trabajo ni una maniobra complicada. Sin embargo, cuando se llega á saber que cada aguja, cualquiera que sea su dimension, pasa por mano de mas de ciento veinte obreros diferentes, antes de estar concluida, no es posible librarse de experimentar una gran sorpresa.

Las agujas se fabrican de acero muy puro; el primer cuidado del fabricante tiene por objeto el asegurarse de que el acero, que le remiten en hazes, es de buena calidad y de un grueso uniforme en toda su longitud.

Para conocer si el acero es de buena calidad, se cortan algunos cabos de cada haz, se enrojecen en un hornillo, se sumergen en agua fria, y se rompen con los dedos. Los hazes de alambre que se doblan quedan desechados, y solo se emplean aquellos cuya rotura es muy limpia.

Se aseguran de la igualdad de espesor de los alambres colocándolos sucesivamente en ciertas muescas: si entran todos con la misma facilidad, son aceptados; en caso contrario, se devuelven á la fábrica de que proceden.

Una vez probados los alambres, se cortan en pedazos del tamaño de dos agujas, por medio de un instrumento que fija de una manera invariable la longitud para todas las agujas de la misma clase. Un obrero endereza estos alambres en número de cinco ó seis mil á la vez, con la mayor facilidad; otro los adelgaza por ambos extremos para hacer dos puntas; un tercero los corta del tamaño que debe tener cada aguja, y los pasa á otro, que les achata la cabeza. Las agujas pasan en seguida á un horno para recocerlas; despues se hace cargo de ellas un *aguje- reader*, que las horada por mitad con un punzon, y luego

concluye otro los agujeros hechos por el precedente. Estas dos últimas operaciones se ejecutan con una velocidad increíble por niños. Otro operario hace la hendidura ó media caña y redondea las cabezas. Se marcan con una *y* griega las agujas mas esmeradas; se enderezan, se remojan, se desengrasan, se recuecen, para que no sean tan quebradizas, se vuelven á enderezar las que han falseado, y se entregan al *pulimentador*.

El pulimento es la operacion mas larga y costosa, y dura muchos dias; pero esta lentitud es debida á la inmensa cantidad de agujas que se pulimentan á la vez. Se forman paquetes, que cada uno contiene cinco mil, y una sola máquina, dirigida por un solo hombre y movida por una corriente de agua, pulimenta de una vez veinte ó treinta paquetes.

Despues del pulimento, se desengrasan las agujas, moviéndolas en un tonel con serrin de madera; luego se colocan en cajas, se enjugan, y se hace el apartado de ellas en un taller muy seco. Otro obrero se encarga de ponerlas con las cabezas á un mismo lado, y separa las que están defectuosas. Otro hace dos montones, segun que el pulimento es mas ó menos brillante; un tercero separa aquellas cuya punta se ha roto; un cuarto endereza las que se han ladeado, y un quinto obrero las separa en tres partes, segun sus longitudes.

El afinarlas y empaquetarlas son las últimas operaciones, en las cuales se ocupan además muchos obreros: uno corta cuadrados de papel; un segundo los dobla por la tercera parte; un tercero cuenta cien agujas, las pesa, y toma este peso por base para dividirlos por centenas y colocarlas en el papel: un cuarto acaba de doblar los paquetes; un quinto escribe en cada paquete el número de agujas, y el nombre y marca del fabricante; un sexto les pone el sello de la casa; y en fin, un sétimo reúne de diez en diez los paquetes, para hacer millares. Las agujas ordinarias son atadas con hilo blanco, y las llamadas inglesas con encarnado.

Las buenas agujas vienen de Inglaterra y de Aix-la-Chapelle: se fabrican tambien enormes cantidades en Aguila, departamento de la Orna, en Francia.

P. L.

PASATIEMPO.

Agujas. Se debe la invencion de ellas á una muger griega: hasta entonces se hizo uso de huesos puntiagudos y espinas de pescados.

Alfileres. Se hicieron por primera vez en Inglaterra á mediados del siglo XVI: las damas se servian antes de puas de madera ó marfil.

Bugías. Tomaron el nombre de una ciudad de la Algeria, Bugia, célebre por su comercio en cera.

Espejos. Los primitivos fueron de metal, y desde la mas remota antigüedad los usaron los egipcios: hasta el siglo XIII no se vieron espejos de cristal azogado.

Bolsillos. Los antiguos no los usaban: el ceñidor ó cinto los suplía, como se observa en los orientales modernos.

Gasa. Esta tela debe su nombre á una ciudad de Siria, Gaza, de la cual es originaria.

Muselinas. Vinieron primitivamente de Mosul, ciudad de Asia.

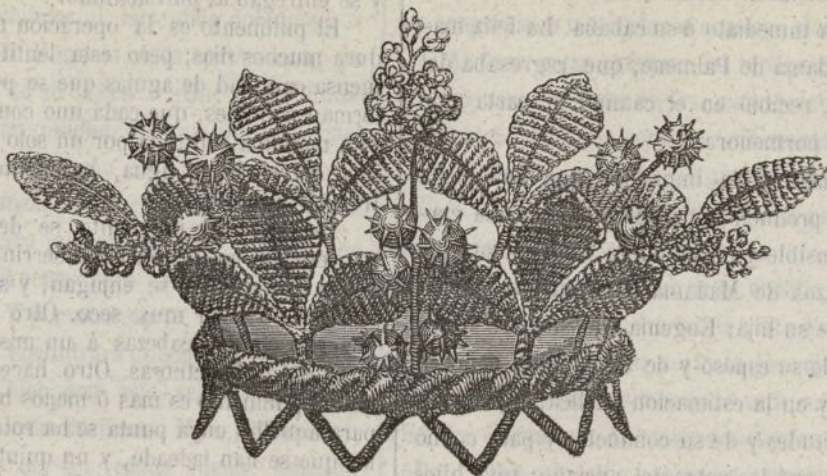
Quitasol. Su invencion data de los tiempos mas remotos; pero en la antigüedad no era un objeto destinado

exclusivamente al uso que hoy se hace de él, sino una insignia de dignidad.

Relojes de bolsillo. En tiempo de Carlos V tuvo principio el uso de ellos: dicese que este príncipe vió como cosa muy curiosa uno que le presentaron.

Sellos. Se han usado desde tiempo inmemorial: los de los antiguos estaban comunmente grabados en las sortijas.

Tafetan. Su nombre viene del ruido que esta tela hace cuando sus pliegues se frotan unos con otros.



CANASTILLO DE FELPILLAS.

MATERIALES.—Felpilla verde de cuatro matices, uno subido, otro manzana y dos claros. Felpillas de color madera de dos matices, uno claro y otro mas cubierto. Otras en alambre de colores blanco, rosa, amarillo claro y verde claro. Lana verde claro y doce castañas artificiales.

Se prepara convenientemente la armadura del canastillo, ajustándose á la forma que representa el grabado, hasta tener el esqueleto de esta, de los grupos de hojas y tallos de los frutos y flores. Se toma la felpilla verde subido, y atándola en la extremidad de una hoja grande, se dan tres ó cuatro vueltas para cubrir la punta: se empieza á pasar de un hilo á otro del alambre á derecha y á izquierda, cruzando la felpilla, hasta guarnecer enteramente la hoja, y despues se trae al medio de esta para atarla y cortarla en el cabo ó peciolo. A continuacion se toma la felpilla verde manzana; se la ata del mismo modo á la extremidad de una hoja pequeña, se cruza para hacer la hoja como en la anterior, y se fija y corta en medio en igual forma. La hoja pequeña que hay al lado opuesto en el tallo de este grupo, ha de hacerse con felpilla del mismo matiz. Concluidas las tres hojas, se rodea su tallo de felpilla madera subido hasta el canastillo, y se coloca despues otra felpilla madera de color mas claro en la línea media de las hojas, cubriendo los alambres de su armadura entre la felpilla verde de que está hecha, y esta felpilla madera formará por encima y debajo las nervaduras de las hojas.

La siguiente hoja grande debe ser de color verde manzana; y las dos pequeñas verde claro, ejecutándolas de la misma manera que las precedentes. La tercera grande será

de un bonito verde claro mas subido; y todos los grupos siguientes se guarnecen del mismo modo y en igual alternativa de matices que se ha empleado en las anteriores.

Entre cada grupo de hojas hay uno de castaña y un ramillete de flores. Las castañas se compran preparadas, y no hay mas que colocar tres en sus tallos á la altura de las dos hojas pequeñas, rodeando el tallo con felpilla madera claro; el cuarto fruto se fija sobre el borde del canastillo entre el tallo de las hojas y el que sostiene los frutos.

El ramillete se compone de botones y de flores. Para ejecutarlo se toma felpilla de color rosa; se dobla en dos para formar una pequeña hoja de un centímetro poco mas, y no se corta la felpilla. Hechas cuatro hojas iguales, se colocan alrededor dos hojas de felpilla blanca, hechas de la misma manera, y el boton que formen se pone dentro de tres hojas verdes sobre un tallo que se rodeará de lana verde. Hechos tres botones iguales al que acabamos de explicar, y teniendo cuidado de fijar cada uno de ellos á un tallo de tres centímetros á lo mas, se reúnen los cuatro en un tallo comun del largo de doce centímetros, de modo que un boton quede sobre los otros tres, y estos alrededor de aquel un poco mas bajos. Alrededor de estos botones se colocan ocho flores de castaño, que se ejecutarán del modo siguiente:

Se forman cinco pétalos dobles de felpilla blanca, es decir, doblada la felpilla en dos, y se hace una segunda hoja igual á la que ha servido para rodear la primera. Los pétalos tendrán un centímetro á lo mas. En medio de estos cinco pétalos se colocan tres pequeñas de color amarillo

claro, y se reúne todo sobre un tallo que estará adherido al de los botones. Hechas así todas las demás flores, se agrupan al tallo con un poco de caída, imitando en cuanto sea posible el ramillete que ofrece la naturaleza en el castaño. Este ramillete se ata ó sujeta después al tallo ó alambre que hay en el canastillo entre los tallos de las hojas, y se cubre todo el borde del canastillo con felpilla de madera de matiz claro alrededor del tallo del ramillete. Se cortan pequeños cabos de felpilla color rosa, y se colocan en medio de cada pétalo blanco.

Entre los dos grupos de hojas siguientes se coloca otro de castañas, luego un ramillete de flores, y se continúa así por todo el borde del canastillo. Este último, guarnecido de hojas, flores y frutos, se arregla cortando un cartón de las dimensiones convenientes para el fondo; se guarnece ligeramente de tafetan verde, y se coloca poniéndole encima y debajo algodón blanco, que se recubre por encima con tafetan verde y por abajo con percalina del mismo color. Este fondo se sujeta al alambre que forma el asiento del canastillo, el cual, así como los pies y demás alambres, se rodean de una gruesa felpilla de lana verde de dos matices, pasando oportunamente del alambre del canastillo á los pies para volver á aquel. Este primoroso objeto, de tan sencilla construcción, forma un bello y útil entretenimiento y sirve de adorno en una bien estudiada colocación.

FLORES ARTIFICIALES.

EL PENSAMIENTO.

Difícil es que una señora haga por sí misma las piezas necesarias para la confección de esta preciosa flor: así es que el comercio nos suministra los pétalos en cajas, los pistilos y hasta las hojas, y no hay más que armarlos y vestir los tallos.

Se toma un pistilo y un alambre, en cuya extremidad se coloca. Se pegan los tres pétalos de tela; después los dos de terciopelo en la parte opuesta, de manera que los primeros se extiendan bien, habiéndolos enrollado ligeramente de antemano por el revés para ondularlos y que queden menos tersos. En los de terciopelo se forman con la uña tres nervaduras y se enfilan hacia el pistilo.

El cáliz se pega y enfila bajo la flor; y para que el pensamiento se mantenga derecho, en la disposición que la naturaleza lo ofrece, debe estar encorvado. Se reviste de papel verde, colocando las hojas bastante distantes de la flor.

LILAS.

Son necesarios pétalos, tubos, sémola amarilla, botones y hojas.

Las lilas se hacen más en muselina que en papel. Se puede comprar todo teñido y estampado, ó se puede tomar solo cortado para teñirlo por sí misma quien haya de hacer las filas.

Para estampar se toma una pequeña bola de hierro, se calienta, y extendidos los pétalos con la cara interior hacia arriba sobre un cogín ó almohadilla, se pasa la bola

rodando de modo que queden adheridos; se toma un tubo y en él se introduce en el fondo un poco de pasta con la pinza y se enfila en el pequeño agujero del pétalo, haciéndolo apenas pasar; después se echa encima un poco de sémola amarilla que, pegándose á la pasta, forma el corazón de la flor. Es preciso reunir una gruesa (doce docenas) de flores de diferentes tamaños para hacer un ramo. Se colocan después una ó dos docenas de botones con estas flores, y se forman juegos colocando algunos botones y algunas docenas de flores en racimos que, montándolos sobre alambre en canutillo, se sacan y cortan del tamaño que se quiera. Se reúnen estos pequeños racimos para formar otros mayores, y se hacen estos de dos ó tres tamaños.

Cuando se hayan empleado todas las flores, se toma el racimo de botones que ha de formar la cabeza del ramo; después dos más pequeños, uno á un lado y otro á otro, y por último dos más grandes, y el todo formará un ramo precioso. El conjunto se fijará á un tallo más grueso, en el que se colocarán dos hojas opuestas, y hechas pequeñas ramas de hojas, se colocarán también de trecho en trecho en el tallo, siempre opuestas.

Damos á conocer la formación de este ramo de lilas, porque hace hoy un gran papel en los adornos de la más elegante toilette.

MODAS.

Nos hallamos en la estación más fecunda en riquezas y sorprendentes creaciones. Las *soirées* y el carnaval dan ocasión á que el gusto más delicado ofrezca al mundo elegante numerosos tipos que se suceden rápidamente cual fantásticas sombras, sin dejar otra huella que el recuerdo de un efecto mágico. Vamos á pasar una ligera revista á los trajes más elegantes que están destinados á disputarse el triunfo de servir con gran aceptación á la toilette de la belleza, y daremos principio por el disfraz más rico y magestuoso que puede brillar en las fiestas de carnaval.

La gran señora del tiempo de Luis XIII, Ana de Austria, ha servido de tipo para un traje de mucho efecto y riqueza. Manto de terciopelo sobre falda de raso. El cuerpo es medio escotado, cuadrado y en punta con valona de blonda guarneciendo graciosamente el escote: mangas de terciopelo hasta el codo, muy abiertas por delante y atadas en la parte inferior por un lazo, sobre una gran manga de raso cerrada por sí misma en el antebrazo con vuelta guarnecida de encaje. Una rica presilla de perlas resplandece en la parte superior de la abertura de la manga, casi sobre el hombro, y hace un juego admirable con un broche de diamantes en el centro del pecho, del que se desprenden á los lados hermosos hilos de perlas que se remontan bajo la valona hacia el hombro. El sombrero es redondo, de terciopelo y con una gran pluma recogida á un lado por un pequeño broche de perlas. Lazos iguales á los de las mangas armonizan perfectamente á uno y otro lado del talle, dejando en medio la especie de peto redondo en que termina el cuerpo.

Este conjunto es no solamente de gran riqueza, sino de una magestuosa distinción. La dama á quien merezca la preferencia puede muy bien servir de tipo á un artista.

Para los niños se ha ideado también un traje de la misma época. Calzon corto de terciopelo, chupa de raso adornada con lazos, mangas abiertas, media de seda y zapato con grandes lazos.

El traje de niña es de carácter alemán y mucho más

italiano, porque está tomado de esa parte de la Suiza que en sus costumbres son mitad alemanas y mitad italianas.

Se compone de falda de seda lisa con segunda falda rayada de otro color que puede ser rojo. Delantal de muselina de color. Chaquetilla de seda del mismo color que la primera falda, ó de otro parecido, bordada de terciopelo y abierta por delante sobre un corpiño escotado y atacado sobre el peto de terciopelo. Las mangas ajustadas hasta el codo toman despues un poco de vuelo y terminan en la mitad del antebrazo con vuelta adornada de terciopelo bordado. Debajo pequeñas mangas de muselina.

Camiseta plegada y cogida en lo alto con terciopelo bordado como el de la vuelta de la manga. Gorro de seda rodeado de un rizado y adornado con lazos de terciopelo mitones, medias bordadas y zapatos con hebilla. Este disfraz es de una graciosa sencillez.

Los trajes de baile para la mas elegante *toilette* de las niñas, que apenas olvidadas de sus recreos infantiles empiezan á figurar en las bulliciosas fiestas de sociedad, son de gasa con impresiones de lana, fondo blanco y dibujo de color; ó flores blancas que se destacan sobre fondo rosa ó azul. La compostura de estas jóvenes difiere algun tanto de las de mas edad por su sencillez, lo cual se advierte tambien en los trajes de calle, como veremos despues. Indiquemos ahora las principales combinaciones que para *toilette* de baile brillan en los elegantes salones del gran tono, en las cuales abundan los tules puntillados de oro formando preciosas tunicas abiertas sobre faldas de tarlatana adornadas de pequeños volantes. Otros tules están sembrados de círculos de felpillas rodeados de oro ó plata, y todos son de un efecto admirable.

En las recepciones reinan con marcada preferencia los trajes de tafetan azul adornados con volantes de tarlatana, alternando los azules con los blancos, formando encañonados que imitan las delicadas ondulaciones de los pétalos de la flor reina Margarita. Alrededor del talle se coloca un ancho cinturón de tafetan azul con un simple lazo que lo sujeta sin ceñir. Manga perdida adornada con los mismos volantes que el vestido. El tocado es una corona de reinas margaritas color rosa y blanco.

Son de un efecto encantador los trajes de tafetan blanco, guarnecidos hasta media falda con un bullonado de tafetan y tul alternados: estos últimos están sembrados de botones de rosas: la berta y las mangas llevan iguales bullonados. El tocado es de rosas de espinera blancas, amarillas, rosa y rojas, haciendo juego con un *bouquet* igual en el pecho.

Traje de tarlatana blanca con pequeños volantes encañonados hasta la rodilla: sobre falda lisa, vuelta á los lados y cogido con ramos de *fuschias* que vienen en disminucion hasta abrocharse en la cintura. Berta en volantes, cerrada por un *bouquet* de *fuschias*; manga mitad flotante levantada hácia lo alto del brazo por un cogido de las mismas flores. Tocado en redecilla de oro, con un lazo de terciopelo rojo á dos tablas y hebilla de plata encima, que sostiene un ramo de *fuschias* que cae hácia atrás.

Traje de tafetan rosa caído, adornado con bullones de tul, guarnecido de trecho en trecho por pequeños plegados de tafetan formando como rosas sin follaje: mangas y berta de lo mismo. El tocado corona en cocas de cinta rosa entremezclada con hojas de oro largas y estrechas; otras rosas caídas sostenidas en lo alto por una pequeña guirnalda de las mismas hojas.

Otro de organdí, con dos faldas, la de abajo guarnecida de un gran volante que lleva sobrepuesto un plegado de tafetan rosa: la sobrefalda es vuelta á los dos lados con plegados en los cuales hay un lazo de tafetan picado. Berta

formada por un plegado de tafetan rosa con sesgos de tarlatana: manga no muy ancha, vuelta hácia la espalda por un lazo de tafetan rosa picado. Peinado torcido con cinta formando bandó, que termina atrás en un lazo de una sola tabla con hebilla que sostiene un ramo de lilas blancas con botones y remontándose en guirnalda hácia el otro lado pasa por medio del tocado.

Esta última *toilette* es particularmente para las mas jóvenes, aunque todas son de un gusto delicado; y si se quiere en ellas mayor sencillez, reemplácense las flores con lazos.

Diremos ahora las modificaciones introducidas en la *toilette* ordinaria haciendo la distincion conveniente entre la señorita elegante á quien la timidez propia de sus juveniles años dispensa algunos detalles en su compostura y aquella, á quien su nombre justamente recogido en los anales de la moda no perdonaria el mas ligero descuido.

Las mas jóvenes no llevan plumas ni flores sobre los sombreros, á no ser un pequeño grupo sin follaje, como un ramito de botones rosa ó aciane. Los vestidos con pocos volantes no siendo las telas ligeras. Los encajes, diamantes y todas las joyas no figuran entre sus adornos y del mismo modo el moaré ni el raso, sino tafetan con ligero floreado ó brocado. Los forros que guarnecen sus abrigos son de un precio moderado. Los adornos de los vestidos los mas sencillos posibles: ni encajes, ni pasamanería de gran precio.

El terciopelo es aceptado para pardesús, pero el mayor número, aun de las mas ricas, se abstienen de él y figura como mas adoptado el paletót semi ajustado, suelto que apenas marca el talle, de paño gris, liso ó rayado, abrigo que para las de mas edad es una sencilla fantasía.

Se ha introducido una encantadora novedad con las camisetas de lana roja, cuya moda se extiende como si llevase algunos meses de aceptacion. En verdad que dá mucho realce y es tan poco costosa que bien puede generalizarse.

La forma es sumamente sencilla, pareciéndose mucho á una camisa de hombre. Los pliegues están cogidos á cada lado por respuntes; pero llegan solamente á la mitad del pecho: el cuello es *marino-mosquetero*, es decir, recto por delante, escotado y vuelto por detrás á fin de mantenerse en llano. Las mangas son de un ancho regular: el puño cerrado de modo que permite pasar la mano y con vueltas abiertas sobre el brazo, sujetas por botones de metal. La espalda es fruncida y ajustada al talle por una cuerda que se ciñe á voluntad. El respunte es de hilo blanco en toda la camiseta que cae ahuecada sobre la cintura. Esta prenda no se hace mas que de rojo escarlata, aunque haria mucho favor tambien de otros colores como el naranja, rosa caído, etc. Viste con una falda cualquiera y solo de mañana, siendo admirable con falda de raso blanco y tocado de un hilillo napolitano rojo y negro que se ata á un lado por un lazo de terciopelo. En el resto del día visten estas camisetas bajo zuavas de terciopelo negro con una novedad y elegancia muy propias de la estacion.

Las corbatas son á lo Luis XIV y dan mucha gracia, cayendo en tiras de muselina de veinticinco centímetros de anchas y metro y medio de largas. Reemplazan perfectamente las mas elegantes bandas si se guarnecen de puntillas y encaje, sobreponiendo los pliegues menudos, separados de la tira por un ancho entredos. Se atan adelante formando un gran lazo cuyos cabos quedan flotantes.

EMILIA R. y R.

MADRID 1.º DE FEBRERO DE 1861.